

La investigación etnográfica en la clínica

Ethnographic research in clinical

TATIANA CALDERÓN GARCÍA
Psicóloga, candidata a magíster en Psicología Clínica

Resumen

Este texto tiene como objetivo central hacer una reflexión teórica y metodológica sobre la etnografía como método de investigación en la psicología, inspirado en el trabajo de Clifford Geertz, en su famoso libro *Notas sobre la riña de gallos en Bali* (1998), que presenta la forma en cómo favorece el estudio "desde adentro" la comprensión e interpretación de las culturas. Este texto clásico, vanguardista por haber sido uno de los primeros textos académicos escritos en primera persona, ponderando su perspectiva personal, como es propio de los estudios etnográficos, da lugar a la reflexión académica que aquí se presenta, con el interés de sintetizar las condiciones y requisitos que caracterizan la actitud del investigador etnógrafo y el aporte que esta metodología hace a los métodos tradicionales en psicología, valiéndose del recurso de la experiencia personal, precisamente para indicar las similitudes y distancias que tienen las experiencias "desde adentro" con la investigación etnográfica.

Palabras clave: etnografía, investigación cualitativa, subjetividad, diarios de campo, diseños etnográficos.

Abstract

This text aims to make a theoretical and methodological reflection on ethnography as a research method in psychology, inspired by the work of Clifford Geertz, in his famous book "Notes on the Balinese

cockfight (1998), which presents the way on how the insight examination fosters the understanding and interpretation of cultures. This classic text, considered innovator for being one of the first academic texts written in first person, considering their individual perspective, typical of ethnographic studies, leads to academic reflection presented here, with the interest of synthesizing conditions and requirements that characterize the attitude of the researcher ethnographer and the contribution that this methodology makes to the traditional methods in psychology, using the resource of personal experience, just to indicate the similarities and distances that the experiences "from the inside" have with ethnographic research .

Keywords: ethnography, qualitative research, subjectivity, field notes, ethnographic designs.

Fecha de presentación: Nov. 16/2012

Fecha de aceptación: Mar. 19/2013

Para hacer etnografía no se necesita ser Indiana Jones

Al iniciar mi curso de etnografía siempre la imaginé como una profesión de personas muy especiales, con una gran curiosidad alrededor de tierras y tribus extrañas y lejanas, y por supuesto distantes a toda comprensión del mundo occidental. Sin embargo, fue sumamente grato e interesante pensar esta forma de aproximación al conocimiento de una manera diferente a lo largo del curso, puesto que rápidamente el paradigma de *Yurupary* o Indiana Jones pasó a un segundo lugar gracias al hecho de ubicar la etnografía en un lugar más próximo y asequible a mi modo de concebir la investigación. Existe no obstante, una espinosa digresión que quisiera plantear a lo largo de este escrito mediante algunas preguntas sobre este paradigma interpretativo: ¿Qué tan cerca ha estado lo etnográfico a mis saberes y formas de aproximarme a los objetos de conocimiento? ¿Será que a lo largo de mi formación he hecho etnografía sin darme cuenta? ¿Habré nacido etnógrafa o es la etnografía un modo de sensibilidad especial frente a los otros que siempre ha estado conmigo y que he ido de-

sarrollando a lo largo de mi profesionalización sin pensar mucho en ello? Y de ser así, ¿cómo es qué hasta este momento llego a saber qué es la etnografía?

Pues bien, es necesario dar cuenta de dónde surgieron todos estos cuestionamientos para contrastarlos con los saberes y nuevas preguntas que me plantea el conocimiento etnográfico. Este punto que la memoria personal tiene en mi trabajo da lugar a un viejo recuerdo que a medida que me aproximaba a las lecturas propuestas sobre etnografía empezaba a hacerse más importante y cargado de significados. Recuerdo borrosamente que antes de graduarme del bachillerato, el colegio donde estudiaba me eligió para representarlo en un foro estudiantil que organizaba otro plantel educativo cuya temática era la violencia. En aquel entonces no era de actualidad hablar de conflicto armado. Es probable que esto se haya vuelto parte de la cotidianidad nacional a partir de la ola de secuestros de finales de los noventa y cuando la marca del narcotráfico sobre el conflicto guerrillero (y posteriormente paramilitar) impregnó todas las noticias. Pero en 1994 no se aludía a la violencia si no era

para señalar la que se ejercía contra grupos sociales marginales como las mujeres y los niños; así que empecé a preparar la investigación con la cual iba a representar al colegio en aquel foro y elegí una de las tantas formas de coacción contra esos grupos mal llamados marginales.

Aunque decidí hacer mi trabajo acerca de la prostitución, solo ahora reconozco cuántos prejuicios tenía en mi cabeza además del morbo personal que me impelía a emprender este proyecto. Podría jurar que en aquel momento eso era investigación pura y objetiva; ¿y cómo no pensarlo si gracias a aquel esfuerzo terminé ganándome un premio y otras distinciones narcisísticamente muy importantes? No obstante, sostener hoy lo anterior como "investigación" es discutible. Para el tema elegido llevé a cabo consultas lo suficientemente amañadas para no contradecir mis ideas preconcebidas y gracias a un sinfín de cartillas de moral disfrazadas de libros y tesis de grado se implantó en mi mente la idea (muy arraigada por cierto) de que estas mujeres se dedicaban a esos oficios en cuanto víctimas de la exclusión social y el desempleo. Así pues, preparada para enfrentarme a estas damnificadas de la ciudad, del Estado y hasta de mí misma dada mi indiferencia, me hice a los servicios de un camarógrafo recién graduado de una facultad de comunicación para que me acompañara en esa travesía por la calle octava de Cali, hoy convertida en un mundillo comercial dedicado a la venta de repuestos de segunda, pero que en aquel momento representaba uno de los sitios marginales en pleno centro de la ciudad.

Recuerdo la necesidad que se tenía de hacer registros de campo y al ser este un territorio tan peligroso, la primera noche nos intentaron robar y en el bar donde previamente habíamos establecido el contacto se rieron de nosotros por haber incursionado en esa zona con un aparato profesional tan sofisticado y costoso

para filmar en un lugar como ese. El dueño del local, además de su risa sarcástica y llena de desconfianza no podía creer cómo yo, a mis quince años, estaba encabezando una investigación de esa naturaleza. Para mí fortuna, quizás esta misma debilidad que percibió lo alentó para ofrecerme un lugar que saciara mis curiosidades y así atenuar un poco la desconfianza que le generaba que un extraño se diera cuenta de todo lo que allí sucedía. Amablemente nos guardaron la cámara al igual que el equipo de luces que era gigantesco. No sé cómo se me ocurrió que en un prostíbulo donde la clandestinidad y la privacidad son cruciales iba a imponer una cámara profesional con todo y su camarógrafo para hacer un video de la "realidad de la prostitución"; sin duda la ausencia de realidad era mía, pero esta terminó por imponerse. El diario de campo me permitió tomar algunas notas oscuras que después restituí parcialmente con algunas observaciones espeluznantes a las que hice catarsis con mi máquina de escribir días después de las visitas.

El lugar de los prejuicios y la subjetividad

Una de las primeras situaciones que me impactó fue llegar a ese lugar y encontrar sonriente una mujer que decía tener dieciocho años aunque la percibía mucho menor que yo. Con la mayor candidez y sin el menor asomo de vergüenza me dijo que estaba ahí porque su madre la molestaba mucho y no soportaba las tareas que le imponía el padrastro en una finca en el norte del Valle, ya que ella no servía para el trabajo duro. Así que les dijo a sus padres que se venía para Cali a estudiar lo cual efectivamente hizo, pero una amiga la llevó a trabajar en las calles hasta el momento en que pudo contactarse con el dueño del bar a quien llegó a considerar como su benefactor. Primera hipótesis desechada: las prostitutas o –como me hicieron llamarlas– "trabajadoras

de la vida sexual", están ahí obligadas o porque no hay trabajo.

Otra de las trabajadoras del lugar contó su historia con más recelo. Refirió que abandonó a su marido y se fue con otro hombre, pero que este traicionó las promesas que le hizo para irse de su casa y terminó en ese oficio. Sin embargo tenía de su proxeneta la misma idea que la anterior tenía del cantinero: ¡un prohombre! No obstante esta similitud, median entre ellas considerables diferencias: esta última tenía treinta y ocho años, más de quince en el oficio y siete meses de embarazo. Cuando le pregunté si no le preocupaba su gravidez y el tener que trabajar me respondió: "No; al contrario. Uno cuando está así es que más necesita de hombre". Esta frase tan complicada que evadí comprender en aquel entonces solo empezó a tomar sentido cuando empecé años después mi aproximación al asunto de la feminidad y en particular a los insondables destinos del *deseo de hijo* de cuenta de sus madres. La segunda hipótesis se vino al piso: la realidad no es de un solo color y hay mucho más que desigualdades en la búsqueda de estas mujeres en relación con su oficio.

Como la investigación de campo duró varios días (situación que no había previsto) tenía la idea –como buen investigador incipiente– de recoger los datos en un video con el fin de divulgarlos sin tener en cuenta que estas mujeres trabajaban. Así que si quería obtener información debía permanecer con ellas, esperar que terminaran sus consultas, se sirvieran sus copitas y que de cuando en cuando se aproximaran a mi rincón a contestarme de manera intermitente lo que les iba preguntando. Por eso las entrevistas fueron secuenciales y conducidas por cada uno de los encuentros y por lo que pasaba en la vida de estas mujeres día a día. Al paso del tiempo la información se enriquecía y guardo el convencimiento de que no hubiera llegado a saber nada de

haberlas citado en un café y entrevistado con una grabadora en un sitio "neutral". Tengo recuerdos visuales imborrables, como el de haberme topado con una de las habitaciones en las que trabajaban y en la que seguramente vivían. Era una habitación oscura de menos de dos metros cuadrados y en obra negra, en cuyo piso reposaba un colchón sucio y maloliente (y nada más que ese colchón) sobre el cual dormían y, por supuesto, ejercían su oficio.

Del campo a la academia

A lo largo de mi carrera como psicóloga aprendí el valor de la entrevista clínica por encima de la verdad dado que no hay verdad que supere la palabra. Lo dicho siempre es una verdad en el sentido amplio y subjetivo. La palabra siempre entraña de algún modo lo que significa la realidad para alguien; pero la otra cara de la verdad era eso jamás expresado por esas mujeres que era innegable para mí: su dignidad. Si bien se quejaban –como cualquier trabajador– de que les tocaba duro, dormían poco y no les quedaba mucho dinero, había algo no mencionado por ellas que solo tenía valor de verdad para mí que las veía desde otra lógica de vida. Eso que acontecía era inhumano y me generaba sentimientos poco aceptados en el plano de la investigación: lástima, compasión, incluso rabia, al percibir desde mi posición moral un sentido de explotación.

De esta experiencia obtuve gran cantidad de datos que no pude jamás clasificar. Todos ellos los tenía en mi cabeza y con el tiempo se transformaron en preguntas, inquietudes, conjeturas y pequeñas certezas generadas por mi transformación teórica que a su vez ha opacado mis intereses morbosos y mezquinos para tejer otros más recíprocos con quienes me ofrecen su vida en esos pequeños instantes cuando me permiten compartirla. Confieso también que desde que recibí mis premios por tan interesante expedición este recuerdo no

aparecía, pero volver a este recorrido que hoy evalúo me permite ante todo, considerar cuán tempranas son mis inquietudes por comprender lo femenino y cómo han ido consolidando en otras investigaciones menos presurosas que la de aquel entonces, como la tesis de pregrado y la investigación de maestría, las cuales seguramente serán más anónimas que aquella investigación por la que recibí muchos aplausos y la grata impresión de un auditorio compuesto esencialmente de jóvenes, a quienes presenté un video algo oscuro y de diez minutos de duración pero suficientes para producir un efecto contundente sobre unas mentes cuya forma de concebir la violencia los alejaba de esa realidad mostrada.

Sin embargo, lamenté en aquel entonces que el valor de mi trabajo radicara casi que de manera exclusiva en mi valentía y arrojo de ir a una zona de tolerancia arriesgando de todas las maneras posibles mi integridad para traer una historia de una forma de prostitución que para casi todos ellos, de estratos altos de la sociedad, solo se concebía como una fantasía sexual insólita e insospechable. Los aplausos y propuestas dejaron en mí cierto sinsabor ya que esas mujeres habían marcado mi vida y yo esperaba que la atención se centrara sobre sus relatos y sobre lo que yo trataba de mostrar, quizás con la esperanza de que si alguien lo comprendía se convirtiera en mi propia catarsis.

Ahora bien, si escribirlo fue una purificación debo preguntarme si aquella investigación es o no un trabajo de corte etnográfico. ¿Qué tiene que ver con la etnografía? Pues bien, si aplicamos la definición de Giddens (1982) sobre lo que es etnografía vemos que se ajusta a la experiencia. Los datos recopilados consisten en descripciones densas y detalladas de sus costumbres y creencias, y a pesar de que es innegable la cantidad de datos que podría restituir detalladamente estos no fueron re-

gistrados de manera ordenada y sistemática, sino tomados sin pregunta implícita o explícita alguna que permitiese su interpretación. Esta condición ateorica y ampliamente prejuiciosa si bien permite conquistar travesías inolvidables y transformar –como bien lo reconozco– la mirada del investigador, no conduce a ningún tipo de investigación pues la finalidad de plantear explicaciones sobre lo que pasaba en la vida de esas mujeres y los significados sobre su oficio y su elección de vida solo hoy podría llegar a convertirse en un dato. En aquel entonces tuve la fortuna de preguntarme acerca de mis prejuicios y mis arraigadas creencias que difícilmente conducían a la verdad y aunque el premio recibido a mi esfuerzo me generaba un ingrato sentimiento, mi trabajo investigativo fue evaluado con justicia a pesar de que no tenía qué decir; solo contenía preguntas y dejó impresiones cuyas secuelas el tiempo ha venido fraguando.

Vale la pena, entonces, situar el lugar de la teoría en una investigación de corte etnográfico, uno de los componentes más discutidos por Cucalón y Martínez (1993) en su trabajo de grado en el bajo San Juan. Se entiende que hay una realidad que desborda los sistemas cognoscibles y que no goza de referentes explicativos preconcebidos. Creer que la realidad en sí misma produce respuestas a preguntas incluso inexistentes sería poner la especulación al servicio del producto investigativo, uno de los mayores engaños en los que podría caerse, pues "el investigador es un teórico en cuanto a organización subjetiva, en cuanto sujeto de la investigación y en cuanto él o el repertorio de sentidos subjetivos, con frecuencia inconscientes, expresan una memoria teórica que se manifiesta en principios de valor heurístico para la construcción de la experiencia" (Gonzalez, 2007, p. 97). Si bien esta condición subjetiva es indisoluble de la investigación misma, también trae de la mano ideas que transforman la mirada del investigador acerca

de la realidad. A mi modo de ver toda investigación guarda una cuota más o menos alta de subjetividad; el problema radica en que los investigadores creemos deshacernos de ella de manera parcial o total.

Ganancias y renunciaciones de lo etnográfico

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, optar por una metodología de corte etnográfico implica asumir lo teórico y prejuicioso inherente a la condición de sujetos, reconociendo en ello no algo para esconder o negar sino la fuente primaria y esencial de la aproximación al objeto de conocimiento, máxime cuando este también es sujeto provisto de intenciones y deseos. Así, reconocernos provistos de teorías, ideas, creencias, valores y prejuicios y no vacíos, ecuánimes y transparentes, nos dará –en esa innegable interacción transformadora con el otro que caracteriza la experiencia etnográfica– la posibilidad de reconocer qué tanto es del otro, qué tanto me pertenece y qué tanto ha sido construido en la interacción. Esta reflexión, quizás más próxima al dispositivo analítico, se hace nítida en cada una de las investigaciones presentadas a lo largo del curso. En Cucalón y Martínez reconocer que el agua era un problema generado por la comunidad y no referido por ella, les permitió comprender las lógicas y el sentido que los problemas verdaderos aportaba la cotidianidad.

Ahora bien, es necesario abrir suficientemente la consciencia para entender lo que pasa con el otro y darles un lugar a cada una de las características especiales que reviste la realidad. Es claro que esta apertura mental no puede llegar a ser total, al punto que nos impida ver los prejuicios, que en mi caso desaparecieron al igual que mi pudor y compasión, pero de ahí en adelante no hubo mucho más. Querer ver algo que no encontré tampoco me abrió las puertas

a otras búsquedas. Mi sorpresa, mi impresión y mi ingenuidad hacían que me maravillara ante una realidad única, pero puedo entender que el referente interpretativo fue la emoción y no la comprensión. Creo que es en ese punto que estriba la dificultad epistemológica de la etnografía, al permitirnos ver de otro modo una realidad que parecía cierta o descubrir aquella que es incierta sin tomar consciencia de que la realidad es en sí misma. El fenómeno percibido no es un dato por sí solo, como tampoco lo es la teoría. La información es una *construcción en relación* en la que cada quien aporta un poco en la comprensión; al mejor estilo de Gádamer (1998), lo que se produce es una "fusión de horizontes".

Tras todo esto, es claro reconocer que hasta el momento no he sido una etnógrafa, lo cual no impide reconocer cuán cercana es la etnografía a la experiencia clínica. El saber clínico es por su naturaleza un no saber, una actitud frente al otro de prudencia y cuidado con aquello que se conoce, una apuesta por la transformación del conocimiento y de la realidad percibida a través de las palabras y las acciones. La única forma de saber no es solo por medio de las teorías; el saber no es preexistente sino que se construye y en su construcción el psicólogo clínico se vincula con la subjetividad del otro para propiciar este descubrimiento, pero no por lo que ve (no es un brujo que adivina realidades) sino por todo lo que puede llegar a producir en su sentido personal quien se beneficia de ello. En esta medida es necesario comprender que la actitud clínica tiene en común con la etnografía algunos aspectos, y con esto quisiera cerrar a modo de corolario.

Puntos de partida para un estudio clínico-etnográfico

Es necesario entender que las teorías no están acabadas y se construyen, se discuten y se

transforman con cada nueva mirada. En ese sentido, cada nueva experiencia particular obliga al investigador y al clínico a repensar lo que sabe, a preguntarse de nuevo y a construir rumbos desconocidos para teorizar.

Como principio general, el investigador y el clínico deben considerar que la construcción de saber y en especial la interpretación no son unidireccionales. Hay una participación del otro, objeto y sujeto de la investigación en dicha construcción.

Comprender que la teoría si bien es una condición primordial que marca la mirada, afina la observación y garantiza interpretar, no lo es todo. Por tal razón, es necesario dar un lugar a los conceptos y extrapolarlos unívocamente en las realidades estudiadas. En la etnografía como en la clínica, los autores pasan a un segundo lugar en tanto la realidad subjetiva ocupa el lugar central.

Una actitud clínica y etnográfica

La construcción de los datos parte de comprender la experiencia en profundidad y ello requiere tiempo. Los datos no están dados; son una construcción por lo cual es necesario contar con el tiempo suficiente para lanzar hipótesis y comprender las transformaciones, de lo contrario es mejor optar desde el principio por metodologías de trabajo rápidas y menos dispendiosas para llegar a la información.

La etnografía y la clínica requieren paciencia y mucha tranquilidad, ya que la experiencia directa con la realidad ajena nos resulta siempre novedosa y confronta nuestro sistema de creencias y formas de ver el mundo. Si estas dos condiciones no están garantizadas, es probable que lo que vemos no esté mostrando lo particular de quien lo vive sino afirmando nuestros propios prejuicios. De este modo la apertura no sesgada es una de las condiciones

para ver, entender y dar lugar a otras realidades diferentes a la nuestra.

Es condición imprescindible para la clínica y para la etnografía la sensibilidad por el otro, es decir, un legítimo interés por lo que le pasa. Solo así es posible observar lo relevante de su historia, de sus modos de vivir y de sus creencias y sentidos personales que tienen lugar en su interioridad y su contexto.

Hay que tener una identidad sólida que garantice no perderse en el encuentro con el otro y asumir el grado de afectación e identificación con la realidad personal, el sufrimiento y los modos de existir de con quienes trabajamos.

Recomendaciones metodológicas para un estudio de corte etnográfico

Todos los estudios etnográficos son de naturaleza exploratoria, es decir, buscan aportar datos sobre realidades no estudiadas de manera profunda por lo cual todo es importante. La particularidad y el carácter específico de una realidad es el interés central, de ahí su similitud con la clínica.

La etnografía exige formas muy organizadas por cuenta del investigador para sistematizar los datos dada la cantidad de información que se obtiene, amén de diversa y poco focalizada. Los diarios de campo con buenas y detalladas notas sirven para hacer un trabajo posterior de organización y focalización de los datos. Finalmente, es necesario tener en cuenta que los diseños de estudios de corte etnográfico son altamente variables y dependen de las preguntas que se construyen y transforman en la medida que se obtienen los datos de trabajo. Algunos estudios en psicología intentan controlar el mayor número de variables; en materia de etnografía el único control previo a la experiencia es no dejarlas perder.

Bibliografía

- CUCALÓN, M.T y MARTÍNEZ, C.L. *Familias negras del bajo San Juan*. Trabajo de grado. Universidad del Valle. (2003).
- GADAMER, H. G. *Verdad y método*. Sígueme ediciones S.A. Salamanca, 1998.
- GIDDENS, A y GRIFFITHS, S. *Sociología*. Alianza Editorial, 4ª edición (1982).
- GEERTZ, C, *El antropólogo como autor*. Paidós Ibérica. 1997.
- GEERTZ, C. "Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali". En *La interpretación de las culturas* (p 339-372). Barcelona, Gedisa 1998.
- GONZÁLEZ, F.L (2007), *Investigación cualitativa y subjetividad. Los procesos de construcción de la información*. México: McGraw Hill Interamericana.
- TAYLOR, J. S. Y BOGDAN, R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. 4ta Edición. Barcelona. Editorial Paidós. 1998.
- VELASCO, H y De RADA, A. *La Lógica de la Investigación Etnográfica*. Editorial Trotta (6ª edición, 2009).